

LA ACCIÓN CATÓLICA, ÁNGEL HERRERA Y LA ASOCIACIÓN CATÓLICA DE PROPAGANDISTAS

Feliciano Montero
Universidad de Alcalá

En el marco de la fuerte confrontación catolicismo-laicismo que se produce en España en los años de la República, la reacción católica, más allá de la mera reacción eclesial, tiene una dimensión política que protagoniza sobre todo Acción Popular-CEDA, y una dimensión social mucho menos estudiada, la Acción Católica (AC). Así es que el estudio de la Acción Católica es un buen observatorio para medir y valorar cuantitativa y cualitativamente la movilización católica durante la II República¹.

La cuestión principal que aquí nos planteamos es si la AC durante la II República, con unas nuevas Bases y unos nuevos dirigentes, introduce cambios significativos que permitan hablar de una «nueva AC» en comparación con la «vieja AC» del primado Segura. Al margen de otros argumentos y pruebas, son los propios informes del nuncio Tedeschini al Vaticano los que aportan los argumentos más contundentes. Y es que la nueva AC, además de plantearse más fiel al modelo de Pío XI, era una pieza e instrumento fundamental del conjunto de la política vaticana en su intento de llegar a un pacto accidentalista y posibilista con la II República. Un proyecto que chocó desde el principio, de un lado, con el radicalismo de la política secularizadora de los gobiernos republicanos del primer bienio y, de otro lado, con la resistencia y la crítica de sectores católicos monárquicos e integristas, que impugnaban y rechazaban ese accidentalismo y posibilismo del «mal menor».

La «nueva AC», apoyada plenamente por el nuncio Tedeschini y el arzobispo de Tarragona y presidente de la Conferencia de Metropolitanos es-

¹ A esta cuestión dedicamos un seminario específico en septiembre del 2007, cuyas ponencias acabamos de publicar en un libro colectivo al que remitimos. No se trata ahora de repetir los argumentos allí planteados sino de recordar y subrayar algunas cuestiones, vid. F. MONTERO (coord.), *La Acción Católica en la Segunda República*, Madrid, UAH, 2008.

pañoles, Vidal i Barraquer, fue dirigida por Ángel Herrera y los Propagandistas de la ACNP, que copaban los principales puestos de responsabilidad nacional y diocesana, y lideraban orgánica y metodológicamente esta nueva etapa, modernizando eficazmente sus estructuras, sus finanzas; lo que permite plantear, un poco provocativamente, otra cuestión: la de la «modernidad» de la AC de la República.

En la naturaleza originaria de la AC de los años veinte, según el modelo de Pío XI, estaba su condición de «apolítica», y la distinción fundamental entre la acción sindical y política de los católicos, y la Acción Católica propiamente dicha; es decir, la colaboración de los seculares en la tarea pastoral evangelizadora de la Iglesia jerárquica. Ahora bien, la interpretación del principio del apoliticismo fue siempre un elemento controvertido y su aplicación concreta a cada coyuntura histórica ha de ser analizada. En concreto interesa plantearse la relación de la AC con la política y, sobre todo, con los partidos católicos en el tiempo de la República. ¿Hasta qué punto la AC fue sobre todo, como denunciaban los monárquicos y los integristas, el brazo paralelo de Acción Popular-CEDA?

1. ¿NUEVA O VIEJA ACCIÓN CATÓLICA? DE LA ACCIÓN CATÓLICA DE SEGURA A LA DE HERRERA

La Acción Católica, en sentido estricto —es decir, según el modelo planteado por Pío XI como organización eminentemente apostólica, directa y estrechamente ligada a la misión de la Iglesia jerárquica, distinta, por tanto, de las organizaciones católicas de defensa profesional o sindical y de los partidos católicos— se había iniciado, al menos teóricamente, en el tiempo «protegido» de la dictadura de Primo de Rivera. Las Bases promulgadas por el primado Reig Casanova en 1926 fueron el punto de partida en el que se enmarcaron las iniciativas del primado Segura en 1929-1930, tiempo en el que se celebraron el primer congreso nacional y la primera semana nacional de consiliarios, y se empezaron a constituir juntas diocesanas y parroquiales². Ahora bien, según el juicio crítico del nuncio Tedeschini esa Acción Católica era todavía una amalgama de organizaciones de diversa naturaleza entre las que pocas, según él, tenían claro el nuevo modelo vaticano. Sólo, a su juicio, la Juventud Católica, nacida bajo su impulso personal al inicio de la década de los veinte, encajaba en ese modelo; mien-

² Un primer esbozo y cuadro sintético en F. MONTERO, *El Movimiento católico en España*, Madrid, Eudema, 1993. Sobre la AC dirigida por Segura, vid. también, S. MARTÍNEZ SANCHEZ, *Los papeles privados del cardenal Segura 1880-1957*, Pamplona, Eunsa, 2004.

tras que los sindicatos católicos, tanto los agrarios como los obreros, divididos sobre la cuestión de la confesionalidad o profesionalidad, debían quedar fuera de la organización. Y entre los líderes y los propagandistas, según el mismo juicio del nuncio, sólo Ángel Herrera y la Asociación de Propagandistas tenían claro el modelo de Acción Católica. No ha de extrañar que, cuando se produjo el cambio de coyuntura política, Ángel Herrera fuera el candidato del nuncio para presidir la «nueva» Acción Católica».

1.1. En el marco de la política accidentalista-posibilista de la Santa Sede

El cambio de modelo y de estatutos de la AC durante la República se planteó en el contexto de una política general de la Iglesia, impulsada por el nuncio Tedeschini. El radical cambio de coyuntura política, de la Dictadura a la República, llevó a la Santa Sede a adoptar una posición «accidentalista» y posibilista en relación con el nuevo régimen político. Se trató de una opción clara y rotunda, dirigida por el nuncio Tedeschini, en estrecho contacto con la Secretaría de Estado vaticana, y compartida sinceramente por un sector de la Jerarquía española, bajo el liderazgo del arzobispo de Tarragona Vidal i Barraquer. Para valorar el alcance, no meramente «oportunista», de este cambio hay que tener en cuenta, por ejemplo, la adhesión colectiva a la monarquía de Alfonso XIII que el episcopado expresó en 1930, cuando en los medios políticos se empezaba a cuestionar su continuidad. Para la Jerarquía, en ese momento inmediatamente anterior a la proclamación de la República, la causa de la Monarquía católica era la misma causa de la Iglesia³.

La apuesta pactista de esta Iglesia fracasó en su negociación de una Constitución tolerante con su anterior estatus, a pesar de lo cual, siguió manteniendo la posición accidentalista, a la vez que organizaba y adaptaba las estructuras de la Iglesia a la nueva situación de pérdida de poder y presencia institucional. Por ejemplo, tenía que organizar los medios de autofinanciación y potenciar la catequesis paraescolar y postescolar como remedio a la eliminación de la enseñanza de la religión en la escuela pública. Por su parte, las congregaciones religiosas buscaron alternativas para adaptarse a la secularización que se avecinaba de sus colegios, y que culminó en la ley de Congregaciones. Pero, además, la nueva situación constitucional de reduc-

³ Campaña episcopal de adhesión a Alfonso XIII en Archivo de Palacio, cfr. J. DE LA CUEVA MERINO, «El rey católico», en J. MORENO LUZÓN (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono.*, Madrid, Marcial Pons, 2003, págs., 277-306.

ción de la Iglesia al ámbito asociativo privado obligaba a potenciar la organización cívica y política de los ciudadanos católicos para la defensa de sus intereses y objetivos con los nuevos medios constitucionales.

En ese nuevo contexto político y de cara a las convocatorias electorales, urgía organizar unitariamente a los católicos en un frente electoral, por encima de diferencias dinásticas o «accidentales» menores. La constitución inmediata de Acción Nacional, luego Acción Popular y finalmente la CEDA, como gran coalición político-electoral, todas ellas surgidas del ámbito de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) y *El Debate*, trató de cubrir ese objetivo, alcanzando un éxito notable en un tiempo corto, convirtiéndose en la alternativa política católica hegemónica, muy por encima de los otros partidos católicos monárquicos. Hace tiempo que el estudio de José Ramón Montero, de acuerdo con la propia explicación del estudio del sevillano José Monge Bernal sobre Acción Popular⁴, subrayó la estrecha relación entre el crecimiento e implantación de la CEDA y las múltiples asociaciones de Acción Católica, especialmente juvenil y femenina, relativamente bien implantadas en los años veinte, antes por tanto de la proclamación de la República.

1.2. *El papel del nuncio Tedeschini y del Vaticano*

La documentación de la Nunciatura de Madrid de los años de la II República revela el liderazgo y el protagonismo del nuncio Tedeschini en el impulso al nuevo modelo de Acción Católica puesto en marcha en esos años bajo la presidencia de Ángel Herrera. Un apoyo que, como hemos dicho, se entiende en el marco de la política posibilista desplegada por la Santa Sede y una parte de la Iglesia española al proclamarse la República. A través de la abundante documentación del Archivo Vidal i Barraquer, tan llena de correspondencia con el nuncio y la Secretaría de Estado, ya se podía deducir la plena identificación entre la línea representada por la Conferencia de Metropolitanos, bajo el liderazgo de Vidal después de la expulsión de Segura, y la posición del nuncio y la Santa Sede. La documentación del Archivo Vaticano, recientemente abierta a la consulta, lo que hace es confirmar abundantemente esa realidad, revelando el peso y el alcance de las iniciativas y decisiones de Tedeschini.

⁴ J. R. MONTERO GIBERT, *La CEDA: el catolicismo social y político de la II República*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1977; J. MONGE Y BERNAL, *Acción Popular, Estudios de biología política*, Sevilla, 1936. Vid. también V. COMES, *En el filo de la navaja. Biografía política de Luis Lucía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, y su capítulo sobre la CEDA en este libro.

En un largo despacho del nuncio Tedeschini a la Secretaría de Estado, en enero de 1929, éste hacía un balance muy crítico de esa primera organización de la AC bajo la dirección de Segura⁵. El despacho del nuncio, respondiendo a instancias de la Secretaría de Estado del Vaticano, comentaba con detalle un balance pesimista del primado Segura, en el que solicitaba orientaciones y directrices concretas a la Santa Sede para arbitrar en las tensiones internas del catolicismo social. El informe de Tedeschini era crítico con la concepción de AC dominante en el catolicismo español y en la mente de Segura. Según el nuncio, la nueva AC, entendida como acción apostólica, era «una continuación del ministerio sagrado, como participación de los laicos en el apostolado jerárquico: por tanto es (una acción) ante todo religiosa y moral, y, por reflejo, social»; estos principios básicos, según el juicio rotundo del nuncio, «no han sido conocidos en España en el pasado, y son olvidados en el presente, en tanto que se continúa incluyendo en la acción católica una acción principalmente profesional y económica, y sólo católica en la inspiración y en los principios». Pero lo que el nuncio criticaba del balance pesimista del primado Segura no era sólo la confusión de planos entre la acción católica y las obras sociales y profesionales (los sindicatos), sino la confesionalidad explícita y exclusivista de esas obras, fuente precisamente de tensiones en el interior del catolicismo social entre los sindicatos «libres» o «profesionales» del dominico Gafo y los «confesionales» del jesuita Nevares y del segundo marqués de Comillas. En el mismo despacho, el nuncio exculpaba a Gafo de las críticas contenidas en el informe de Segura, y elogiaba su modelo:

«es un religioso «zelante» [comprometido], competente y laborioso. Él declara abiertamente que no trabaja en el campo de la Acción Católica, sino en el campo profesional. Y aun en el mismo campo profesional, dice que trabaja, y parece verdaderamente que lo hace por vocación, no por los obreros católicos, sino por los no católicos, que son desgraciadamente tantos..., la inmensa mayoría: y trabaja entre ellos para llevarlos a Dios, o al menos para aproximarlos, o por lo menos hacerlos menos hostiles».

De esta manera, además de relativizar y contextualizar las discrepancias a las que se refería el informe de Segura, el nuncio elogiaba bastante claramente la apuesta sindical profesional de Gafo, y su objetivo pastoral subyacente.

⁵ Archivo Secreto Vaticano, Nunciatura de Madrid (en adelante ASV, NM), 881/1, ff. 25-34; todas las citas están tomadas del texto italiano, traducción propia. Responde el Secretario de Estado, Gasparri, febrero 1929; conviene recordar a Segura las orientaciones de la Santa Sede al cardenal Bertran de Alemania sobre la polémica de la confesionalidad de los sindicatos.

El nuncio, como afirma en este despacho, conocía personalmente a Gafo, había leído sus informes frente a las acusaciones integristas de que era objeto⁶. En otro apartado de su despacho atribuía la visión pesimista y algo catastrofista del primado Segura a su excesiva dependencia o vinculación con el punto de vista de *El Siglo Futuro*,

«un diario óptimo, y que presta a la causa católica o puede prestar excelentes servicios. Pero es de los que ven por todas partes enemigos; y cuya vida consiste exclusivamente en combatir no cualquier otro diario, sino los periódicos católicos no integristas, y encontrar siempre errores e interpretar siempre los documentos pontificios a su manera. Todo esto es para ellos defender la iglesia, defender la palabra y las enseñanzas del jefe de la Iglesia. Pero ¡qué fácil es exagerar! Son peligros que sólo ve El Siglo Futuro y que ni el Episcopado español, ni otros buenos católicos comparten: el rumor de la batalla se oye solo en ese diario, y quien no lee (y no lo leen más que poquísimos) no se dan cuenta de nada».

Teniendo en cuenta esta referencia crítica tan explícita a la mentalidad y orientación integrista de *El Siglo Futuro*, en la que habitualmente se alimentaba el primado, se comprende la gran distancia que separaba al nuncio del primado.

Así es que la nueva coyuntura política republicana y la obligada dirección colegiada de la Iglesia y de la AC, tras la expulsión de Segura, eran la ocasión para poner en marcha el modelo vaticano bajo el liderazgo de la persona que había demostrado la máxima identificación con ese modelo, Ángel Herrera, y para dejar a un lado las tensiones sobre la confesionalidad del sindicalismo católico que durante tanto tiempo venían lastrando la unidad y la eficacia del Movimiento Católico en España. Pues, en efecto, detrás de las diferencias orgánicas sobre el mejor modelo de AC lo que subyacía en el catolicismo español, y Tedeschini lo conocía bien, era la vieja división política entre integristas y «posibilistas» del tiempo de León XIII que se proyectaba también en el plano de la acción social.

Cuando Tedeschini presentó y avaló ante la Secretaría de Estado las nuevas Bases de AC (1932) elaboradas por la Conferencia de Metropolitanos (una de cuyas piezas fundamentales era la distinción entre la AC y la acción social, y la rebaja del estricto criterio de confesionalidad a la obras sociales) o cuando defendió la candidatura de Herrera para la Presidencia o cuando envió los primeros proyectos de reorganización de la AC elaborados por

⁶ Correspondencia entre Gafo y el nuncio en enero de 1928, en ASV, NM, 883/1, ff. 228-252; Vid. también E. GONZÁLEZ LÓPEZ, *José D. Gafo Muñiz OP (1881-1936). Por la concordia de España*, Salamanca, San Esteban, 2008, pág. 350.

Herrera en octubre del 32, era plenamente consciente de que se estaba iniciando una nueva etapa. Por primera vez la AC española se ajustaba al modelo vaticano, pues lo anterior no se podía calificar propiamente AC⁷.

1.3. Pizzardo y la Secretaría de Estado

En la documentación vaticana aparece Pizzardo, encargado de Affari Straordinari en la Secretaría de Estado, como el interlocutor y el filtro principal por el que tienen que pasar las Bases, los nombramientos y las iniciativas de la AC española. Con él intercambió Tedeschini los criterios que debían presidir las nuevas Bases. Defendió, por ejemplo, Pizzardo la «centralidad» orgánica de la AC frente a las tendencias regionalistas. Este mismo criterio presidiría posteriormente su posición y el de la Secretaría de Estado en la polémica entre Vidal y Gomá sobre el primado de Toledo y la consiguiente dirección suprema de la AC; frente al criterio de Tedeschini, que defendía la experiencia de dirección colegiada (de la Conferencia de Metropolitanos), la Santa Sede sancionó finalmente una solución «intermedia» que, en realidad, permitía la recuperación de la dirección superior por parte del Primado de Toledo⁸.

En relación con la delicada cuestión de *La confesionalidad de las obras sociales y económicas*, que mereció una encuesta específica, Pizzardo sancionó el cambio de criterio que significaba la línea «profesional» de Gafo, anteriormente descalificada por los primados Reig y Segura; también en este asunto, como sabemos, Tedeschini se había ido formando sobre la posición de Gafo, en los años finales de la dictadura de Primo, un juicio diferente a las rotundas descalificaciones de sus opositores tradicionales⁹.

La intermediación de Tedeschini con Pizzardo en el apoyo a la nueva AC se aprecia sobre todo a propósito del nombramiento de Herrera como

⁷ ASV, NM, 956/2, ff. 97-198, se recoge abundantemente la tramitación de las nuevas Bases, a través de la correspondencia con Vidal, como representante de la Conferencia de Metropolitanos, y con Pizzardo de la Secretaría de Estado (Affari Straordinari) que comenta las Bases y presenta los criterios de la Santa Sede. Hay un legajo especial dedicado a la cuestión de la confesionalidad, ff. 198-221, que incluye algunas cartas de Gafo a Tedeschini.

⁸ ASV, NM, 956, ff. 295-326 correspondencia diversa entre el nuncio, Pizzardo, Gomá, Vidal, sobre la polémica cuestión de la primacía de Toledo.

⁹ ASV, NM, 956, ff. 198-221, contiene cartas de Gafo a Tedeschini el 1-8-32, 15-V-32, el 8-I-33, y un informe de Pizzardo el 16-6-32. En legajos correspondientes al tiempo de la Dictadura se aprecia el seguimiento del nuncio de la polémica de Gafo con los primados, 883/1, ff. 228-252, un legajo con el título, «P. Gafo y los sindicatos libres», que contiene un largo informe de Gafo, de 20-I-28, y carta de este al nuncio el 28-I-28; así como despachos anteriores del nuncio a la Secretaría de Estado en mayo y julio de 1927.

presidente. Concedor de los deseos de Herrera de dejar la dirección de *El Debate* para hacerse sacerdote (deseos expresados tempranamente), planteó Pizzardo la objeción de nombrar presidente de una organización laica a un futuro sacerdote. Respondió el nuncio a esta objeción que no había candidato mejor preparado, con las ideas más claras sobre lo que debía ser la AC, que Herrera; que su proyecto de hacerse sacerdote no era para inmediato, y que podía haber un plazo suficiente para poner antes en marcha la nueva organización. El nuncio avalaba la candidatura de Herrera con los apoyos explícitos de Vidal, del obispo de Oviedo, consiliario de la AC, y de otros obispos españoles¹⁰. Tras las objeciones y reticencias de Pizzardo a la candidatura de Herrera, ¿estaban las maniobras de los círculos monárquicos e integristas ante el creciente peso de los Propagandistas en la línea posibilista de la Iglesia española ante la República? Desde luego las resistencias políticas ante la línea posibilista y accidentalista se expresaron abundantemente en círculos integristas (con la connivencia de Segura desde Roma) y monárquicos (*ABC*, *La Época*), recelosos del auge de la CEDA que veían estrechamente relacionados con el despliegue de la nueva AC¹¹.

2. LA NUEVA ACCIÓN CATÓLICA. LA ACNP Y LA MODERNIZACIÓN DE LA ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA

2.1. Gafo y la «distinción de planos»

En la crítica del nuncio Tedeschini, en enero de 1929, al informe del primado Segura está la clave de la diferencia principal entre la vieja y nueva AC, el principio de la «distinción de planos». Un principio que entre otros defendía el dominico Gafo en su defensa del modelo de sindicato profesional frente al confesional. Lo había explicado en sus cartas e informes privados al primado y al nuncio frente a los ataques de que era objeto por parte de los integristas y los partidarios de los sindicatos confesionales¹², y

¹⁰ ASV, NM, 956, ff. 339-360; las objeciones de Pizzardo al nuncio, el 11-X-32, ff. 342-342; la respuesta del nuncio a las objeciones y la defensa de la candidatura de Herrera, despacho 8-XI-32, ff. 359-360.

¹¹ Ejemplos de intrigas contra el nuncio, contra Vidal y contra Herrera y *El Debate*, y más tarde contra la AC directamente en la documentación de nunciatura; también en el archivo de Segura, cfr. MARTÍNEZ, *Los papeles privados*, y en los archivos carlistas, cfr. A. M. MORAL RONCAL, *La cuestión religiosa en la Segunda República española. Iglesia y carlismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.

¹² Los informes cruzados de Gafo y de Navares al primado en F. del VALLE, *Iglesia y Sociedad en la España del siglo xx. El P. Sisinio Navares y el catolicismo social*, Vol. IV, 1926-46, Valladolid, 1991. Las campañas integristas contra Arboleya y todo el Grupo de la Democracia Cristiana en D. BENAVIDES, *Maximiliano Arboleya (1870-1951)*, Madrid, BAC, 2003.

de una manera especialmente clara en una conferencia en el Centro Cultural alemán en 1929 sobre *El momento social de España*, en la que rechazando la existencia de una única alternativa política o profesional, distinguía el plano de la acción católica y de la inspiración moral cristiana, de la acción social y política. Gafo, anticipándose al principio del Concilio sobre «la autonomía de lo temporal», cuestionaba la tesis de la competencia técnica de la Iglesia en la solución del problema social y la existencia misma de un catolicismo social o de una democracia católica o cristiana, y, por tanto, la pertinencia de una «Economía católica o una Sociología católica y unas Organizaciones obreras o patronales que deban rotularse católicas con todas sus consecuencias». Siguiendo la lógica aristotélico-tomista, argumentaba que la propuesta moral católica en el terreno social, «es una proposición *contingente* de experiencia y de técnica; de experiencia y de técnicas sociales, económicas y políticas, una proposición variable, cuya materia y forma cambian con las circunstancias de lugar y tiempo hasta el infinito. Luego no es, no puede ser, una proposición *propriamente católica*, ni en un sentido dogmático, ni siquiera en un sentido etimológico o literario, porque no es universal...» En esta distinción se basaba, según Gafo, la propuesta de la Iglesia de

«...inhibirse de todo lo que signifique concreciones y pugnas de partidos y escuelas sociales y políticas..., para concentrar su actividad, la de la *Acción Católica*, en la formación religiosa, cultural y moral de las conciencias, para mantener en ellas vivo y fecundo el principio de la *fraternidad humana* en todos los hombres, a fin de que estos apliquen ese fecundísimo principio de conducta a todas las manifestaciones de la economía, de la técnica y de la política, bajo su personal y libre responsabilidad»¹³.

El Debate y Ángel Herrera no compartían totalmente (o no habían compartido en el tiempo «protegido» de la Dictadura primorriverista) el modelo sindical profesional y la crítica de Gafo al confesionalismo de las obras católicas. Pero su concepción de la AC como algo distinto de las obras sociales y económicas, y especialmente de los partidos políticos, se basaba en la aplicación del mismo principio de la distinción de planos.

Los nuevos Estatutos de 1932 marcaban diferencias notables con las Bases de 1926, principalmente en lo referente a la «distinción de planos», en-

¹³ J. GAFO, *El momento social de España*, Conferencia en el Centro Cultural Alemán, el 28-II-1929, págs. 21-22. (cursivas del conferenciante) La rotundidad de sus planteamientos disgustó al nuncio, ante el que tuvo que excusarse Gafo, pero en el fondo del planteamiento, la distinción de planos, y la definición del verdadero territorio de la AC, coincidía con los planteamientos del nuncio.

tre la Acción Católica propiamente dicha y la acción de los católicos como ciudadanos organizados en el plano profesional, sindical o político. Una distinción fundamental para entender el significado y alcance del famoso «apoliticismo» de la AC, no siempre bien entendido por los historiadores. Pues no equivalía a abstencionismo del compromiso y la militancia política, sino a la defensa de un espacio prepolítico y suprapolítico, en el sentido de suprapartidista. Capaz por tanto de posibilitar, dentro de la organización, un cierto pluralismo partidario, vetando sólo que los dirigentes de la AC ocuparan cargos de responsabilidad en los partidos políticos, pero no el apoyo electoral ni la militancia. Sólo en el caso de la Juventud Católica se insistió, sin éxito y contra la corriente imparable del momento, en retrasar la edad de inicio en la militancia partidista y la lucha política, considerando que la juventud era un tiempo de formación y maduración.

Otra distinción fundamental, asumida en los Estatutos de 1932, entre la confesionalidad y la profesionalidad de los sindicatos católicos ponía por fin las bases para un acuerdo unitario entre las distintas tendencias del sindicalismo católico. En el seno de la Junta Central de la AC se creó un Secretariado económico-social que se encargaría de preparar la unidad y fomentar la formación de líderes obreros católicos en una escuela específica, el Instituto Social Obrero (ISO). Pero todas esas distinciones, que, a su vez, se entienden dentro de la adopción sincera del accidentalismo-posibilismo, es decir del respeto a las reglas políticas del nuevo régimen parlamentario, tenían que ser asimiladas y asumidas, en la conciencia y en la práctica, en un proceso temporal que apenas tuvo tiempo de desarrollarse, pues la nueva AC inició su recorrido en la práctica en 1933 y se interrumpió bruscamente en el verano de 1936.

2.2. *El liderazgo de los Propagandistas en la nueva Acción Católica*

Tradicionalmente la Asociación Católica de Propagandistas se había planteado como objetivo prioritario impulsar la Acción Católica. En sus Estatutos se consagraba este compromiso específico de sus miembros, y en sus asambleas anuales siempre se revisaba esta cuestión. De hecho, se puede apreciar el liderazgo de los Propagandistas en la emergente Juventud Católica a principios de los años veinte, en los Estudiantes Católicos o en la Confederación Nacional Católica Agraria¹⁴. El encargo recibido por Herre-

¹⁴ Chiaki WATANABE en su libro, *Confesionalidad católica y militancia política, la ACNP y la Juventud Católica española*, Madrid, UNED, 2003, lo ha demostrado en un cuadro ilustrativo de las trayectorias de los más significados Propagandistas.

ra en 1932 no hizo sino reforzar esa influencia en la organización de la nueva AC, aportándole su estilo moderno.

La modernidad de la Acción Católica dirigida por Ángel Herrera y los hombres de la ACNP se refleja inmediatamente en la actividad de la Junta Central, en los medios y recursos allegados para hacer más eficaz su gestión: búsqueda de una autofinanciación propia y específica, a través de la Tarjeta de la AC, que permitiera poner en marcha una infraestructura de personal liberado y de recursos al servicio de los objetivos y proyectos. Hasta el punto de que el coste del nuevo presupuesto de la AC pareció exagerado al obispo consiliario y a la Junta de Metropolitanos que tenía que valorar las memorias anuales de la Junta Central de AC¹⁵.

Entre los proyectos y actividades puestas en marcha de inmediato por la Junta destacan, por ejemplo, la creación de la Casa del Consiliario y de un primer equipo sacerdotal, que se convertiría en el eje de la propaganda de la nueva AC, la formación de consiliarios y la constitución de las correspondientes organizaciones parroquiales y diocesanas. Los primeros pasos de una Universidad Católica sobre la base de un Centro de Estudios Universitarios (CEU), vieja aspiración de la ACNP, y los cursos de verano, paralelos a los de la Menéndez Pelayo, organizados en el Seminario de Corbán en Santander, son otros tantos proyectos puestos en marcha, cuya consolidación hubiera necesitado más tiempo.

Otro de los objetivos principales de la nueva AC, perfilar el lugar de los sindicatos católicos y de la formación de militantes obreros en el conjunto de la ACE, guardando, de acuerdo con los nuevos Estatutos, su autonomía, debía ser acometido por un Secretariado de Obras económico-sociales, a cuyo frente se colocó Alberto Martín Artajo.

2.3. *Rutten en la Semana Social de Madrid (octubre 1933)*

La restauración de las Semanas Sociales, interrumpidas en 1912, indica el nuevo papel protagonista que el «Grupo de la Democracia Cristiana», tan perseguido en la etapa anterior desde la denuncia de *El Siglo Futuro* por su pretendido «modernismo», iba a tener en la coyuntura republicana. Especialmente significativa es la pluralidad, y en algunos casos modernidad, de enfoques planteados en las lecciones presentadas en la Semana So-

¹⁵ La actividad de la Junta Central se sigue bien en las Memorias anuales presentadas a la Conferencia de Metropolitanos, publicadas en *Arxiu Vidal i Barraquer*, y conservadas en la Archivo de la ACE. Una breve síntesis de esa actividad en mi capítulo del libro colectivo, MONTERO (ed.), *La Acción Católica en la Segunda República*, págs. 19-42.

cial de Madrid, en octubre 1933. Como por ejemplo la lección de clausura de Vidal i Barraquer sobre la Acción Católica; o la de Alfredo Mendi-zábal sobre «el comunismo», o la de Arboleya sobre «la apostasía de las masas», o la lección de Gallegos Rocaful sobre «la organización obrera»¹⁶.

Por su parte, el dominico Rutten, máximo mentor e impulsor del Movimiento Católico belga, recordó a los católicos españoles cuál debería ser el plan de trabajo y organización del catolicismo español en el nuevo tiempo republicano. En primer lugar, y como condición previa, era necesaria la conquista o reconquista de la confianza de los obreros, lo que obligaba (coincidiendo con los planteamiento de Gallegos Rocaful y de Arboleya) a comenzar por una confesión de los propios pecados. En segundo lugar, era preciso trazar un plan de conjunto, basado en una transformación de la orientación tradicional de las «obras parroquiales». No bastaban las obras «escolares y benéficas»; debían crearse obras sociales, culturales, educativas y recreativas. La tercera condición sería crear «Secretariados» sociales, servidos por propagandistas profesionales, remunerados e independientes. La cuarta condición, formar intelectualmente dirigentes obreros, según el ejemplo de las «Escuelas Sociales Superiores» creadas en Bélgica, reconocidas y subvencionadas por el Estado belga; una formación a la vez doctrinal y práctica mediante conferencias, cursos, círculos de estudio, etc. La quinta condición sería tener una prensa obrera propia (diario y semanario). La sexta, cuidar la financiación y administración de las obras mediante las subvenciones públicas, y sobre todo mediante las cuotas obreras especialmente en el sostenimiento autónomo de los sindicatos, cooperativas y mutualidades, cuidando especialmente la administración rigurosa y profesional de las obras. La séptima condición contenía un consejo o advertencia sobre el lugar específico del sacerdote en las obras sociales. Su papel y lugar no era el mismo que el del consiliario de la Acción Católica. En el sindicato católico el sacerdote es «el director y consejero moral» pero sin «interferir en la competencia de los seculares». Rutten terminaba su lección con una invitación optimista a la posibilidad de recuperar la confianza obrera («no es un abismo lo que nos separa»), y un reconocimiento a la capacidad del Grupo español de la Democracia Cristiana para llevar a cabo esa tarea.

La verdad es que el plan de acción expuesto por Rutten se ajustaba muy bien al espíritu y el proyecto que la nueva AC de Herrera estaba poniendo en marcha y coincidía, básicamente, con las orientaciones sociales autocrí-

¹⁶ Todas las referencias extraídas de la Crónica oficial de la VII Semana Social, celebrada en Madrid, del 15 al 22 de octubre de 1933. El tema de la Semana, en torno al cual giran todas las lecciones, *La crisis moral, social y económica del mundo. Corrientes doctrinales. Problemas actuales. Realizaciones de Acción Social*, Madrid, 1934.

ticas presentadas por Gallegos Rocaful y Arboleya en la misma Semana. En este sentido, la intervención y la presencia de Rutten servía para legitimar y apoyar internacionalmente esa orientación frente a otras tendencias que hasta entonces habían pesado más en la acción social católica.

3. SOBRE EL «APOLITICISMO» O «APARTIDISMO» DE LA ACCIÓN CATÓLICA

Al final de la dictadura de Primo de Rivera los balances del nuncio Tedeschini al Vaticano se lamentaban, como hemos visto, de la escasa comprensión por parte de la Iglesia española del nuevo modelo de Acción Católica que estaba propugnando Pío XI, y, sobre todo, de la confusión entre la Acción Católica propiamente dicha, vinculada directamente a la acción apostólica de la Jerarquía, y, de otra parte, la acción sindical o profesional y la acción política.

La experiencia del Movimiento Católico, desde finales del siglo XIX, y las condiciones impuestas por los regímenes fascistas emergentes de partido único, aconsejaban esa distinción de planos. Lo que importaba sobre todo era concentrar la acción de la Iglesia en el terreno de la educación de la juventud y la formación moral de las conciencias. Una formación que tenía desde luego unos contenidos doctrinales de alcance social y político, la doctrina social de la Iglesia, pero que era compatible con un cierto pluralismo político partidista. Así pues, el nuevo modelo de Acción Católica, además de distinguirse de las asociaciones profesionales o sindicales católicas, tenía que marcar distancia respecto de la estricta militancia en partidos políticos. Así se salvaguardaba la unidad fundamental de la Iglesia, por encima de las diferencias partidarias, en las acciones y movilizaciones urgentes. Además se evitaba el choque con regímenes de partido único como el de Mussolini. Lo que no evitó, en el caso italiano, tensiones y roces con la AC por considerar que sus actividades, aparte de ser competitivas con las instancias educativas del Estado, rozaban la actividad política¹⁷.

Indudablemente el proclamado apoliticismo de la AC, principio fundamental del nuevo modelo, no implicaba abstencionismo o reducción de la actividad católica a la esfera privada, pues la AC formaba una conciencia ciudadana lista para el compromiso político fuera de la organización.

En el tiempo de Primo de Rivera apenas hubo ocasión de poner en práctica la distinción del apoliticismo pues no era un régimen de partidos. Aún así, los católicos en general participaron en la Unión Patriótica y colabora-

¹⁷ Una presentación sintética de esta tensión en E. PREZIOSI, «La relación entre la Iglesia, la Acción Católica y el fascismo, *XX Siglos*, 49 (2001).

ron activamente en distintas instancias e instituciones del Régimen. Precisamente en el terreno sindical, Gafo, miembro de la Organización Corporativa Nacional, se esforzó por explicar a los católicos sociales la distinción entre la acción sindical profesional y la acción católica propiamente dicha.

3.1. *La Acción Católica y la CEDA*

La proclamación de la República propició, como hemos visto, aunque fuera por poco tiempo, la implantación del nuevo modelo de AC, según las preferencias del nuncio, de acuerdo con las directrices vaticanas y con la ayuda inestimable de Ángel Herrera y la ACNP. Los nuevos Estatutos de AC española aprobados en 1932 sancionaron esa distinción de planos que aconsejaba Gafo en su conferencia de 1929 sobre «El momento social de España», desaconsejando la confesionalidad de los sindicatos y concediéndoles amplia autonomía orgánica en el seno de la AC. En cuanto a la actividad y el compromiso político partidista, la ACNP tenía clara la distinción, que no excluía la compatibilidad, entre la Acción Católica propiamente dicha, que Ángel Herrera se encargaría de impulsar y organizar desde principios de 1932, y la acción política como frente electoral unido que el propio Herrera comenzó a organizar desde el día siguiente del 14 de abril para las elecciones constituyentes.

Las dos organizaciones, la apostólica (AC) y la política (Acción Popular-CEDA), eran necesarias y urgentes, y no tenían porqué ser excluyentes e incompatibles, aunque no debían confundirse. El libro del sevillano José Monge y Bernal sobre Acción Popular confirma la estrecha relación entre las organizaciones juveniles y femeninas de AC y la configuración de Acción Popular como moderno partido de masas. Los capítulos dedicados a estudiar las organizaciones de base de Acción Popular, las Mujeres, las Juventudes, y la fallida o escasamente desarrollada «Acción obrerista» así lo atestiguan.

Quizá se produjo en la práctica una división consensuada del trabajo. Ángel Herrera, abandonando como condición previa la dirección de *El Debate*, asumió la presidencia de la Junta Central de la Acción Católica española, desplegando en un tiempo corto una gran actividad propagandística y organizativa, uno de cuyas señas de identidad era precisamente la naturaleza apolítica (en el sentido de apartidista y suprapartidista) de la organización. Por su parte, José María Gil Robles, una generación más joven, con una trayectoria típica dentro de la ACNP y como dirigente de la Confederación de Estudiantes Católicos, asumió la tarea política de construir un partido católico nuevo, Acción Popular, luego CEDA, que despertó en-

seguida las críticas de los otros partidos católicos, los monárquicos alfonsinos y los carlistas. Estos partidos y la mentalidad católica tradicionalista hegemónica identificaron enseguida la estrecha relación entre esas dos organizaciones como una amenaza a sus propias posiciones políticas. En la crítica y las maniobras de estos sectores contra el nuncio, el cardenal Vidal i Barraquer, *El Debate* y la nueva Acción Católica, lo que se rechazaba sobre todo era el accidentalismo y posibilismo, entendidos como renunciaciones vergonzantes al proyecto católico íntegro.

Durante buena parte de la República, a pesar de esas críticas y resistencias internas pareció difundirse y crecer el proyecto posibilista que representaban la AC y la CEDA, pero el fracaso del pacto inicial con una República radicalmente secularizadora y el deterioro social y político progresivo, especialmente a partir de octubre del 34, fueron minando las posiciones de la CEDA, a la vez que crecían las expectativas de bloque monárquico tradicionalista. Este proceso se aceleró después del triunfo electoral del Frente Popular en los meses anteriores a julio de 1936¹⁸.

La creciente polarización política en el tiempo de la República se expresó especialmente en la politización de la Juventud. Una tendencia que iba contracorriente de lo que proponía la Juventud de AC. Según Ángel Herrera la Juventud era una etapa de maduración educativa y formativa, y por tanto lo conveniente era retrasar al máximo la militancia en los partidos políticos. Monge y Bernal, aunque no estaba plenamente de acuerdo con la resistencia de Herrera a la temprana politización de la Juventud, publicó como prólogo de su libro la conferencia que Ángel Herrera pronunció en la Semana Social de Zaragoza (octubre 1934) sobre la relación de la AC con la política. Para Herrera la AC era algo diferente y superior a cualquier partido católico. Era el instrumento adecuado para responder al nuevo reto de los fascismos, que, en tanto que religiones políticas, pretendían suplantarse a la Iglesia en la educación moral de la Juventud¹⁹.

3.2. *La posición de Vidal i Barraquer*

Llama la atención la plena identificación y apoyo de Vidal i Barraquer, líder de la Jerarquía católica española especialmente durante el primer bienio, a Herrera y su AC a pesar de las tensiones que se suscitan, sobre todo

¹⁸ Vid. capítulo de V. COMES en este libro.

¹⁹ A. HERRERA, *La Acción Católica y la Política*, conferencia en la Semana Social de Zaragoza (octubre 1934), reeditada por J. MONGE Y BERNAL, como prólogo de su citado libro *Acción Popular*.

al final de la República, por el auge de un catolicismo catalanista (incluida su propia Juventud Católica, la FEJOC), y por la polémica con Gomá sobre la primacía de Toledo y la consiguiente dirección suprema de la AC²⁰.

En octubre de 1933, en la Semana Social de Madrid, Vidal pronunció una conferencia que es una verdadera lección magistral sobre el nuevo modelo de AC. Las «realizaciones» de la Acción Católica serían justamente el remedio o la respuesta a los «defectos» o déficits del catolicismo español. Es decir, la AC, aparte de una forma de respuesta a los ataques enemigos, sería sobre todo una vía de regeneración y revitalización del catolicismo y la religiosidad española: «La formación de las conciencias, la intensificación de la vida cristiana, la coordinación de fuerzas, la subordinación al impulso, dirección y freno jerárquicos, para obtener, como final resultado, la recristianización de la sociedad»²¹. *La formación de las conciencias* como remedio principal a la falta de criterios a la hora de discernir los principios de las adaptaciones coyunturales, y como terreno y tarea formativa específica de la AC, a diferencia de la acción política. En este apartado introducía también la explicación del «apoliticismo» o apartidismo de la AC, compatible, por otra parte, con la preparación para el futuro compromiso político en la reconstrucción de la «cívitas cristiana». Pero lo que nos interesa registrar aquí es su declaración previa de respeto y lealtad, desde Cataluña, al conjunto de la nación española:

«Consideré, por otro lado, que, como Prelado de Cataluña debía estar entre vosotros en las presentes circunstancias, que debía animaros, que debía daros muestras de mi afecto y abriros mi corazón, siempre ávido de paz y armonía entre todos los españoles, y más actualmente, por necesitar la Iglesia del esfuerzo conjunto de todos; recordé también aquellos días en que los deberes de mi cargo pastoral, tal como yo los entendía en mi conciencia, lleváronme a tutelar intereses espirituales de mi cristiana grey, siguiendo el espíritu ecuménico de la Iglesia, que a todos los pueblos maternalmente respeta y a todas sus naturales características amorosa y maravillosamente se adapta, en frente de ingerencias abusivas en la vida religiosa de mis fieles, actuación por algunos erradamente interpretada como fruto de

²⁰ La tensión con Goma por la Primacía se sigue bien en la documentación del *Arxiu Vidal i Barraquer*, y en la documentación de la nunciatura de Madrid en el ASV, NM, 956, ff. 295-326. La cuestión se plantea especialmente en enero del 36, y la Santa Sede resuelve en abril del 36. Pizzardo aclara al nuncio el sentido y alcance de la decisión de la Santa Sede, ff. 325-326; y el nuncio informa a los metropolitanos y a Vidal en particular esta decisión... 29 y 30 abril 36, ff. 318-321 Sobre la especificidad de la AC catalana, el capítulo de F. MARTÍNEZ HOYOS en MONTERO (ed.), *La Acción Católica en la Segunda República*.

²¹ F. VIDAL I BARRAQUER, «La Acción Católica frente a la crisis moral», en *Crónica de la Semana Social*, pág. 786.

desamor a la Patria común, como expresión no ya de desinterés, sino de desafecto a España. Y aunque hartas pruebas tengo dadas, inequívocas, antes, entonces y después, en sentido contrario, no he querido desaprovechar esta oportunidad para unirme a vosotros, para fundirme con vosotros al calor de la caridad de Jesucristo y del amor de Patria...»²².

En 1935, con ocasión de la celebración de la Semana *Pro Ecclesia et Patria* en Montserrat, Vidal pronunció un elogio de Herrera tan explícito, que provocó el envío al nuncio de algunos anónimos sarcásticos ironizando sobre la hegemonía de un laico como referente y criterio de autoridad por encima de la propia Jerarquía. En junio de ese mismo año, cuando Herrera comunicó al nuncio su decisión de dejar la Presidencia de la AC para hacerse sacerdote, Vidal escribió al nuncio para que intentase convencerle de que aplazase su decisión, sospechando que detrás de la renuncia, estaban las maniobras de los sectores monárquicos e integristas, que nunca dejaron de criticar la línea política de la AC²³.

3.3. *El carlismo y el integrismo frente al posibilismo de Tedeschini, Vidal y Herrera*

En el esquema de Tedeschini la nueva AC era una pieza fundamental para el proyecto de restauración social cristiana en el nuevo contexto político hostil. Son muchos los ejemplos y ocasiones en los que se manifestó el apoyo y la confianza de Tedeschini a las iniciativas de Herrera y *El Debate* frente a los ataques de otros sectores católicos, monárquicos e integristas, que se sentían claramente desplazados por la nueva línea accidentalista y posibilista

Entre las campañas de resistencia a la política pactista del nuncio Tedeschini destaca una, en los primeros meses de 1932, tras la aplicación constitucional de la disolución de la Compañía de Jesús, en la que se descalificaba y denunciaba explícitamente el fracaso de la negociación vaticana con el gobierno republicano. El alcance de la campaña se mide por la contracampaña de adhesiones al nuncio que impulsó el Secretario de Estado Pacelli. Entre estas adhesiones destaca por la claridad de su definición del antagonismo entre el posibilismo y el integrismo la del obispo de Orihuela Javier Irastorza:

²² Vidal, *ibid.*, pág. 770.

²³ ASV, NM, 956, ff. 390-391, carta de Vidal a Tedeschini, el 4 de junio de 1935; Herrera estaba en Roma, el 7 de junio Pizzardo confirma al nuncio el deseo de Herrera de dimitir.

«Contra la política de posibilismo que representa la actuación benemérita y constante del Sr. Nuncio Apostólico, uniendo con prudencia cristiana la defensa firme de los principios con la templanza de los procedimientos, se pretende sustituir la política catastrófica y aventurera que desemboque cuanto antes en la ruptura de relaciones con la Santa Sede mediante la retirada de su Representante para poder llegar así más rápidamente a monopolizar la defensa de los intereses católicos, identificar la causa de la Iglesia con la de determinados partidos mas encariñados con los procedimientos facciosos que con los caminos legales, y cuya interesada defensa había de resultar, en plazo más o menos largo, tan funesto para la misma Iglesia a quien pretenden hacerla su aliada para el derrumbamiento del régimen.

Se pretende de nuevo, y es bien doloroso el constatarlo, a pesar de la gravedad de la crisis actual, más que el procurar curar los males que sufre la Iglesia el de aprovecharse de su infortunio, resucitando antiguas querellas, y mantener prácticamente, con uno u otro pretexto, una insubordinación que tanto ha restado de eficacia en el pasado a nuestra Acción Católica y tanto la compromete al presente...»²⁴.

Como se ve, en la perspectiva del obispo Irastorza, la posición integrista, claramente denunciada, afectaba no sólo a la política general de la Iglesia ante la República sino a la misma orientación de la Acción Católica.

La reciente investigación de Antonio Moral en las fuentes carlistas (prensa y archivos) sobre la posición del carlismo y de la Comunión Tradicionalista frente a la República, confirma ampliamente el alcance de su resistencia a la orientación accidentalista y posibilista de la Iglesia y del catolicismo español y a la Acción Católica de Herrera²⁵. Las fuentes carlistas identifican claramente la existencia de una orientación posibilista sostenida conjuntamente por el nuncio Tedeschini, el cardenal de Tarragona Vidal i Barraquer y el presidente de la Junta Central de Acción Católica Herrera Oria. Una orientación que rechazan y critican rotundamente, resistiéndola por todos los medios a su alcance. La crítica y resistencia carlista a la orientación pactista y posibilista de la Iglesia se centró especialmente en la descalificación de la opción política correspondiente, la CEDA, y de la connivencia real que, según ellos, existía, más allá del proclamado «apoliticismo», entre la pertenencia a la Acción Católica y la militancia o simpatía electoral por la CEDA.

²⁴ Fragmento de la carta de Irastorza a Pacelli 25-5-1932, que acompañaba la de adhesión dirigida al nuncio Tedeschini. ASV, NM, 914/3 ff. 423-424

²⁵ MORAL RONCAL, *La cuestión religiosa*, especialmente cap. III: «Los carlistas y Acción Católica: la conspiración del silencio», págs. 135-176

Como ya había ocurrido durante el pontificado de León XIII y la Restauración canovista, la división de los católicos españoles entre el posibilismo y el integrismo se manifestaba irreductible y muy difícil de gestionar por parte de la Jerarquía eclesiástica. La diferencia quizá es que en las primeras décadas del siglo XX, y en especial en los años veinte, la influencia de *El Debate* y el impulso organizativo de la Asociación de Jóvenes Propagandistas se había ido consolidando, mientras que la resistencia integrista, al menos en el plano político, había perdido peso, al menos desde la sanción vaticana a la política del «mal menor». Ya en 1906, el documento dirigido por Pío X a la Iglesia española, *Inter Católicos Hispaniae*, había sancionado positivamente la política accidentalista del «mal menor» en las alianzas electorales, según el criterio defendido por la revista de los jesuitas *Razón y Fe*.

En un contexto diferente, la política secularizadora hostil de los gobiernos republicanos y el fracaso de los primeros intentos de pacto de Vidal i Barraquer y el nuncio Tedeschini con los dirigentes republicanos en torno a los artículos de la Constitución republicana, los integristas y la Comunión Tradicionalista tenían la oportunidad de replantear sus objetivos restauradores, aprovechando e interpretando según sus esquemas, la consagración al Sagrado Corazón y la nueva fiesta de Cristo Rey, establecida por Pío XI en 1926 con la encíclica *Quas Primas*.

Como recurrentemente habían hecho en el siglo XIX, los católicos tradicionalistas trataban de interpretar y utilizar la doctrina vaticana sobre «el reinado social de Jesucristo» en sus propias claves, en beneficio de su proyecto político, y como arma arrojada contra el posibilismo de la AC y la CEDA. El antagonismo y la división de los católicos españoles en torno al pactismo posibilista se planteó desde el primer momento, pero aumentó y se radicalizó a medida que avanzaba la República, tanto frente a las medidas secularizadoras del primer bienio como, sobre todo, frente a la política tibia de la coalición radical-cedista del segundo bienio. Igual se puede decir de la crítica integrista a la nueva Acción Católica. Una descalificación creciente en la medida en que la organización se afianzaba en el nuevo marco estatutario, a partir de 1933, y se decantaba de manera cada vez más clara en apoyo electoral a la CEDA. El estudio coetáneo del sevillano José Monge y Bernal sobre las bases doctrinales y sociales y los cuadros de Acción Popular revela claramente el proceso de construcción de un partido moderno de masas sobre la base asociativa de la red de organizaciones católicas.

Lo que revela la prensa carlista y sobre todo la correspondencia privada de sus dirigentes era el alcance y la naturaleza política de esta batalla entre católicos posibilistas e integristas. Una batalla aparentemente desigual

a juzgar por los resultados electorales de noviembre de 1933. Al menos hasta las elecciones ganadas por el Frente Popular (febrero 1936) la posición hegemónica dentro del mundo católico era el posibilismo de la CEDA, aunque sería preciso valorar con precisión la implantación y el peso del tradicionalismo, quizás marginales electoralmente pero suficientemente influyentes para obstaculizar la consolidación de la CEDA.

CONCLUSIÓN

Un informe de Gomá²⁶, después de la guerra civil, en el contexto de la aprobación de las nuevas Bases de AC española de 1939, reconocía la novedad de la AC de la República, a la vez que, criticaba sus defectos. Su balance de «ventajas» y «deficiencias», igualmente significativo, confirma nuestra hipótesis sobre la novedad de esta etapa corta pero significativa de la AC durante la República, bajo la dirección de Herrera. Entre las «ventajas logradas por nuestra Acción Católica» en el tiempo de la República reconocía:

«Dirigentes informados del verdadero espíritu cristiano, inteligentes y celosos: Planes vastos acomodados a los tiempos modernos, cuya realización hubiese podido hacer de las organizaciones de Acción Católica un fuerte instrumento de restauración cristiana y social; formación concienzuda de Consiliarios, que constituyen hoy una preciosa reserva para las actuaciones futuras de AC».

Y entre las «deficiencias» de aquella AC denunciaba: «excesivo burocratismo desproporcionado con el volumen y la eficiencia de la AC; como consecuencia de ello, coste excesivo de los organismo de AC, cerca de mil pesetas diarias...» Criticaba también «falta de contacto con los organismo vivos de la nación...», y un cierto desbordamiento de la autoridad de la Jerarquía, diocesana y parroquial por las directrices de la organización nacional. Pero sobre todo criticaba la orientación política implícita que había tratado de promover: «Salvando siempre la rectitud de intención en todos, es innegable que algunos dirigentes de la Acción Católica han sido considerados como fautores de la política de un sector determinado: ello ha originado polémicas de prensa y apartamiento de elementos utilizables con

²⁶ Informe sobre «La Acción Católica en España Algunas indicaciones para su reorganización e intensificación», pág. 9, fechado en Roma 30-IV-1938, dirigido a Pizzardo; dentro del proceso de proceso de sustitución de las Bases de la ACE de 1932 por otras nuevas, aprobadas en 1939; en Fondo Pizzardo, del Archivo del Pontificium Consilium pro Laicis, Roma.

daño de la misma AC». Esta crítica y descalificación grave coincidían básicamente con las que los medios integristas y monárquicos habían hecho ya a la AC de Herrera en la coyuntura republicana.

El balance y la percepción de Gomá, en 1939, sobre la AC de la República era claramente más negativo que positivo, pero los mismos argumentos críticos, como el burocratismo o el presupuesto excesivo, o la fuerza de la organización nacional sobre las particularidades diocesanas, confirman nuestra valoración del impulso de novedad y modernidad que se intentó desplegar. Igualmente la denuncia de una orientación política dominante, en línea con el accidentalismo-posibilismo de la CEDA, confirma este giro en relación con anteriores orientaciones integristas.